

el reinado al que el reconocimiento de los turcos debia darle el nombre de Sokolli. Selim fué solo una fantasma real, Sokolli fué el alma y el cuerpo del imperio; pero á Selim es á quien Sokolli debió su autoridad y mando. La posteridad, para ser justa, debe repartir desigualmente, pero con equidad, entre el sultan y el ministro, la prosperidad y la gloria de los ótomanos.

## LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO

## I

Selim II habia dejado seis hijos y tres hijas. Los hijos eran Murad, Mohammed, Soliman, Mustafá, Djehanghir y Abdallah; las hijas, Esmá-sultana, Gewher-sultana y Schah-sultana. Esmá-sultana habia sido casada con Sokolli, Gewher-sultana con Pialé, capitan-bajá, y Schah-sultana con Hassan, general de los genízaros. Esta consanguinidad de las mujeres habia contribuido, en el reinado de Selim, á ligar estrechamente este triumvirato del gran vi-

sir, del gran almirante y del gran general del imperio, formando de este modo parte de la familia adoptiva del soberano.

La madre de Murad ó de Amurat III, el primogénito de estos hijos, era Nur-Banu, persa, cuyo nombre significa *mujer de singular belleza*. Había tratado de encontrar en su ternura por este hijo una compensacion á los vicios é inconstancias del padre. Amurat III no tenia mas virtud que una piadosa deferencia hácia su madre. Apénas tenia veinte y ocho años, cuando su alma y su cuerpo igualmente afeeminados se resentian de los malos ejemplos de Selim y de las complacencias interesadas de Nur-Banu. Por su poca estatura, cuerpo delgado y cara ovalada, se parecia un poco á su abuelo Soliman II en su juventud; pero esto no era mas que una pequeña semejanza que desaparecia al segundo golpe de vista.

Su palidéz revelaba que los placeres precoces le habian debilitado mas que los trabajos de la imaginacion. Su mirada era dulce, pero ninguna llama brillaba en su languidéz.

Sus cejas eran negras: señalaban el arco femenino de los persas en su frente; sus cabellos, largos como los de una mujer, tenian la finura de la seda; pero su barba, rara y bermeja, contrastaba con el color de sus cabellos, é imprimia á su fisonomía un

tinte enfermizo mas propio de la sombra de las mazmorras que del esplendor de los serrallos. Entregado desde la infancia á los excesos del vino y al uso del ópio, parecia que su cabeza vacilaba sobre sus hombros. Oscurecia su mirada oblicua é indecisa una lijera niebla; algunos accesos epilépticos, enfermedad del cuerpo que ataca al espíritu, marcaban sus huellas con algunas arrugas en su frente y algunos movimientos convulsivos en los lábios. Su inteligencia, no obstante, no carecia de delicadeza ni de cultivo; se complacia en oír recitar á los poetas sus composiciones en los festines; la música, poesía de los sentidos, y el baile, que lo es de los movimientos, encantaban sus oidos y sus ojos. Las artes mecánicas excitaban vivamente su curiosidad y su interés. Pintores venecianos y relojeros de Viena le daban con frecuencia lecciones de pintura y de relojería. Pero sus dos pasiones favoritas, las que dominaban su corazon y reinaban soberanamente en él eran la amistad y el amor. Su madre le habia enseñado sobre todo á amar.

La educacion no habia hecho mas que desarrollar su naturaleza. Se puede decir que amó con delirio á su madre, á su hermana, á sus mujeres, á sus amigos, y que esta llama de su corazon, comunicándose por fin á sus sentidos, consumió su gobierno, su ra-

zon y su vida. La historia de sus pasiones fué la historia de su reinado.

Estas pasiones habian comenzado casi con su vida, dos jóvenes, nobles húngaros, llamados Djafar y Ghaznefer, hechos prisioneros en tiempo de Selim, habian sido circuncidados, privados á petición propia de los signos de la virilidad y destinados en el haren á educar y divertir al sultan. Amurat III los hizo sus favoritos, ántes de elevarlos á ministros; y eran dignos de todo favor tanto por su virtud como por su disposicion. Ghaznefer, cuyo nombre significaba el *Leon atrevido*, literato y muy versado en la historia, contribuyó particularmente á inspirar á su amigo el gusto de la poesía y de la munificencia, que hace fructificar á los talentos en los países monárquicos. El historiador Seadeddin, hombre de estado y analista, habia adquirido la confianza del jóven Murad, á quien lo habia presentado Ghaznefer, cuando vivia en Magnesia, que era la residencia de los príncipes hereditarios. Murad, lo habia nombrado su ayo honorario despues de su mayoría. Cadizadé, otro amigo de los dos favoritos, hombre ávido de dignidades á la par que de ciencia, era su consejero político y su ministro en expectativa. El poeta Schemsi-bajá, justamente célebre por sus poesías filosóficas, que santificaban con la moralidad del asunto el encanto de sus

versos, le enseñaba las elegancias de la lengua y los misterios de la contemplacion. Pero el favorito que poseia su corazon era un jóven turcomano d una familia noble, llamado Ouweis.

Un dia en que Murad, cuando habitaba forzosamente en Magnesia, habia ido á cazar cisnes en el valle del Caistro, que el monte Tmolus separa de la llanura de Magnesia, se paró un poco en la ciudad pastoril de Tyre (la antigua Thyatires de los griegos), capital de este valle. La pintoresca situacion de la ciudad, cuyas casas y alminares, semejantes á trozos de mármol, blanquean sobre la pendiente rápida de una colina arbolada á través del follaje de los plátanos, la sombra del Taurus que la abriga, el murmullo y la frescura de las aguas espumosas de sus cascadas, los verdes prados que se extienden á sus piés, la abundancia de animales monteses que pueblan sus bosques, sedujeron á Murad. Prolongó allí su estancia. La familiaridad de la caza procuró al joven Ouweis, que ocupaba un rango elevado, el entretenerse muchas veces con Amurat de quien llamó la atencion por la varonil franqueza de su rostro y de sus palabras. Creyó que habia encontrado un segundo Ibrahim para su futuro reinado, semejante al flautista que habia hallado su abuelo Soliman casi en el mismo sitio. Pidió permiso á su padre Selim para guardar en su compañía al turco-

mano y nombrarle intendente general de su pequeña corte de Magnesia. Selim consintió en ello.

El ascendiente de este destierro se acrecentó de dia en dia con la doméstica familiaridad del destierro. Este ascendiente no se fundaba ni en el cultivo de la inteligencia, ni en la elegancia de costumbres que caracterizaban á los otros amigos de Murad. Ouweis, rústico y sin instruccion no poseia mas que las rudas virtudes del desierto. Agradaba á su señor como el leon que los príncipes de Oriente se complacen en domesticar en su divan para atemorizar á los que vienen á visitarlos.

## II

Una hermosa esclava veneciana, llamada Safiyé (la pura) primera esposa dada á Murad en su adolescencia por su madre la sultana Nur-Banu, poseia el corazon del jóven sultan. Safiyé era hija de una familia senatorial de Venecia, de los Baffo. En una corta navegacion entre Venecia y Corfú adonde iba todavía niña, á reunirse con su padre, proveedor de la isla, unos piratas de la escuadra de Barbaroja se

apoderaron del buque que la llevaba y se la ofrecieron á la sultana Nur-Banu. Su patria, su belleza, su nacimiento, su educacion la hicieron juzgar digna de los amores del príncipe. Murad se aficionó á Safiyé con el ardor de su edad y constancia de un esposo. Ella le dió un hijo, y llegó á ser así sultana Kasseki ó madre de príncipe.

Durante mucho tiempo, la pasion de Murad hácia Safiyé le hizo mirar con indiferencia las bellezas que poblaban el haren de su madre. Nur-Banu comenzó á temer que el dominio exclusivo que ejercia la veneciana en el corazon de su hijo perjudicase al suyo; el mismo Selim II temió que no quedaria suficientemente asegurada la herencia del trono con un solo hijo, una sola mujer. La hermana de Murad, la sultana Esmá, esposa del gran visir, conspiró con Nur-Banu, con su marido Sokolli y con su padre para introducir en el haren de su hermano bellezas que rivalizasen con la de Safiyé. La madre y la hermana mandaron buscar por todas partes las jóvenes esclavas que con los hechizos de su rostro y la seduccion de su inteligencia pudieran privar á la sultana Kasseki del corazon de su esposo. Una esclava persa y otra húngara entraron apesar de la repugnancia de Murad en su haren. La jóven húngara aun mas animada y astuta que bella, dice el historiador de estos

amores, el veneciano Sagredo, llegó á rivalizar un momento con Safiyé. Pero la fidelidad de Murad defraudó por mucho tiempo las esperanzas de su hermana y de su madre; su corazón se negaba á la inconstancia que habia penetrado en su imaginacion.

La sultana Nur-Banu, refiere el cronista del serrallo, Alí, en sus anales escritos en verso, acusó á Safiyé de emplear maleficios májicos contra la fecundidad de dos esclavas, rivales suyas. Acusando á algunas mujeres judías y á algunas esclavas del servicio del haren de participar en la conjuracion imaginaria de la veneciana, mandó á los eunucos torturar á algunas y arrojar las otras al mar; las que se juzgaron ménos culpables ó aquellas á quienes excusaba su corta edad, fueron desterradas á la isla de Rodas, de donde fueron traídas algun tiempo despues para casarlas con favoritos del sultan. Per fin estas intrigas acabaron por despertar en el ánimo del príncipe injustas sospechas contra su esposa Safiyé. La separó de su cámara nupcial y se entregó con impetuosidad á los excesos de una pasión artificialmente encendida por sus corruptores. El desenfreno y el frenesí de sus caprichos hicieron encarecer, ántes de su advenimiento al trono, el precio de las esclavas hermosas en los bazares de Brusa y de Trebisonda. El número de las sultanas Khasseki ó madres

de niños llegó á cuarenta, según su historiador Alí. El de las esclavas jóvenes de su haren, objetos pasajeros de su capricho, á quinientas. Mas de un centenar de hijos é hijas de estas esclavas nacieron en algunos años, los apartamentos de su haren eran mas difíciles de gobernar que sus provincias. Su madre le aconsejaba que diera su gobierno como segunda suya á una favorita de su padre, llamada Djanfeda, que habitaba en el serrallo antiguo. Djanfeda era consumada en las intrigas y la administracion del serrallo. Pronto veremos el ascendiente, la elevacion y el fin trágico de esta mujer, verdadero visir del príncipe, que no se ocupaba mas que en satisfacer su sensualidad.

Sin embargo, estos vicios no habian extinguido en el corazón de Murad el recuerdo de la primera y pura felicidad que habia disfrutado en su casta union con Safiyé. La memoria y el arrepentimiento habian restituido á la veneciana todo su imperio moral sobre su esposo. Las otras satisfacian sus apetitos carnales, ella sola poseia su ternura. Él la adoraba como el recuerdo vivo de su felicidad, y como á la madre de su hijo predilecto. La consultaba en los negocios de estado; de esta suerte una esclava de Venecia era la verdadera emperatriz futura de los otomanos.

Tal era la corte de Murad en Magnesia, cuando el

gran visir Sokolli le dió secretamente noticia de la muerte de Selim II. Murad partió al instante para Constantinopla, acompañado únicamente de cuatro favoritos. Llegando de improviso á Mudania, puertecillo del mar de Mármara en la orilla opuesta de la capital, su afan de ocupar el trono no le permitió aguardar la galera imperial que le enviaba Sokolli para que atravesara la Propóntide. Metióse, conservando el incógnito, en una barca de nueve remeros, anclada casualmente en la rada, y que pertenecia al secretario de Estado, al célebre Feridun, de quien eran esclavos estos marineros. Un mar tempestuoso lo llevó en algunas horas de noche á la playa desierta del serrallo, cerca de las baterías que guarnecen la muralla del recinto y no léjos del kiosko de Bajazet. Era la media noche del 21 de diciembre de 1574. Las ráfagas del invierno cubrian de espuma la playa del serrallo, y gemian en los cipreses de los jardines. Las puertas estaban cerradas y no se abrian á estas horas mas que para el gran visir. Murad, cubierto de espuma y fatigado con una penosa navegacion en una mala barca, pidió á sus compañeros un poco de agua limpia para lavarse la cara y las manos. No se halló en aquel arenal y se vió obligado á servirse de la del mar. En seguida se sentó al pié de un árbol para defenderse del viento y de la lluvia mientras desperta-

ban al gran visir y á los del serrallo, aguardando como un huésped á que abrieran las puertas de su propio palacio. Mas tarde se hizo una fuente en el sitio en que el sultan habia tenido sed y no habia podido apagarla.

Entretanto, el gran visir, á quien habia despertado Hassan, esclavo de Feridun, y el piloto de la galera, acudió con sus chiaux llevando faroles á la playa designada por los dos esclavos de Feridun. No habiendo visto jamás á Murad, y temiendo algun lazo tendido por los partidarios de sus hermanos, el gran visir, ántes de besarle la mano y de reconocerlo como soberano, quiso consultar á su madre. Atravesando el jardin á pié condujo al jóven Murad al kiosko habitado por Nur-Banu, ahora sultana Validé; entró el primero en su habitacion, le mostró al que se llamaba hijo suyo, y le preguntó si era su madre. Nur-Banu prorrumpió en llanto al aspecto de su leon, nombre que las Validés dan á sus hijos, y atestiguó que Murad era su señor. A estas palabras, el visir cayó á las plantas del sultan, é invocó en alta voz al cielo, pidiéndole que prolongara la vida próspera del emperador. Despues de las primeras efusiones de ternura entre el hijo y la madre, «Tengo hambre,» dijo Murad á los servidores del palacio que habian acudido á saludar á su nuevo soberano; «traedme de co-

mer. » Estas palabras, las primeras que pronunció sin premeditacion un sultan en el momento de su advenimiento al trono, hicieron palidecer á los asistentes. La supersticion oriental atribuyó á estas palabras una significacion profética que se interpretó en pro ó en contra de los sucesos del reinado. Creyeron que era un grito de hambre lanzado por el pueblo, anunciando esterilidades y miserias. El acaso las justificó al año siguiente.

Sin embargo, un presagio mas funesto y seguro atrajo sobre el imperio la reprobacion celeste. La ley del serrallo ó el cánon dinástico de Mahomet II ordenaba el sacrificio de todos los hermanos del sultan que subia al trono por crimen de peligro público. Se asegura que Murad, á instancias de su esposa, la sultana veneciana Safiyé, y por el horror que le causaba el derramamiento de sangre inocente, habia jurado á Safiyé que revocaria este cruel edicto con su ejemplo, no atentando contra la vida de sus hermanos; pero el muftí, intérprete de la ley, mas implacable que el soberano, á quien interesaba directamente, se obstinó en pronunciar un fetwa ó juicio que prohibia al sultan ser humano ó compasivo. Los ministros y los verdugos, armados con este rescripto del oráculo de la religion y de su justicia, se apresuraron á sofocar los instintos humanitarios del sultan, haciendo

extrangular á los cinco príncipes, hijos de Selim II, cuyos cadáveres pusieron extendidos sobre la alfombra del divan á la vista de Murad.

Este escabel de cadáveres debia tragarse mas pronto ó mas tarde un trono que cometia tales crímenes por razon de Estado.

Al dia siguiente, Murad ó Amurat III, reconocido cón todas las solemnidades de costumbre por el pueblo, el ejército y la religion, presidió los funerales de su padre y fué á llorar al borde de sus sepulcros á los cinco hermanos que acababan de ser sacrificados en su nombre. Tres dias despues distribuyó una gratificacion imperial de un millon quinientos mil ducados de oro á las tropas y grandes dignatarios del imperio. Los genízaros recibieron cerca de un millon de ducados de oro, equivalentes proximate á dos millones de duros.

Sokolli que habia pasado dos veces con autoridad y fortuna de un reinado á otro, fué conservado en su puesto de gran visir mas bien por política que por afecto del sultan. La nueva córte veia en él demasiados servicios prestados para pedir su cabeza, demasiado poder para no envidiar su posicion. Los favoritos de Amurat III resolvieron, de acuerdo con las sultanas, sufrir algun tiempo la dominacion de Sokolli, y minarlo sordamente desconceptuándolo á

los ojos del príncipe, para hacerlo bajar por grados de su supremacia al rango de los simples visires. Sokolli, como hombre que se siente seguro, no alteró su rigor ni su deber ante los favoritos, autores de aquella liga. Persiguió resueltamente al defterdar Ouweis, confidente íntimo de Amurat, por supuesta malversacion de la fortuna de su señor. Ouweis salió triunfante y humilló con su absolucion á Sokolli. Los genízaros y el pueblo, espectadores de esta lucha entre el gran visir y el favorito, comenzaron á presentir que decaia la autoridad del hombre que soportaba hacia diez y ocho años el peso del imperio, y á mirar con insolencia á un sultan que se entregaba en manos de su ministro.

Estallaron sediciones por mucho tiempo comprimidas con motivo de las leyes de policía contra la venta del vino en las tabernas, leyes renovadas casi siempre al ocupar el trono un nuevo soberano. Un día en que Amurat paseaba en el Bósforo por delante de una taberna griega, llena de soldados embriagados, los genízaros que conocieron al sultan, levantaron sus tazas como desafiando la pena señalada á los bebedores de vino, y las desocuparon á la salud del sultan. El gran visir, informado de este ultraje, fué con el sultan á los cuarteles para castigar á los culpables; pero los sediciosos alentados por la conñi-

vencia de los favoritos, cubrieron con sus gritos la voz del gran visir y el nombre mismo del sultan. La impunidad forzosa de la soldadesca fué débilmente paliada con la destitucion del aga de los genízaros.

Este empleo, el segundo en importancia del imperio, fué dado á un renegado genovés, llamado Cicala bajá, al paso que otro renegado calabrés, Ochiali-bajá, Kilidj-Alí, salvador de los restos de la flota de Lepanto, era nombrado capitan-bajá. Pialé-bajá húngaro de nacimiento, era visir de la cúpula; Ahmed-bajá, segundo visir era Estirio; Mohammed-bajá, tercer visir, austriaco; Welzer, gefe de los eunucos del haren, de Transilvania; el mismo Sokolli, gran visir era Bosniaco. La religion era el único lazo comun entre estos hombres de diferentes patrias; en la Constantinopla de los sultanes como en la Roma de los papas, todo extranjero que queria consagrarse á defender el dogma era reputado ciudadano, y nacionalizado por el culto. A esta naturalizacion universal de servidores de diversas procedencias ha debido el imperio muchas veces y debe hoy el buen servicio de sus adeptos.

## III

La paz sostenida por Sokolli fué renovada por ocho años con el emperador de Alemania. El duque de Transilvania, Estéban Bathory, protegido por los turcos, fué elevado por el gran visir al trono de Polonia. « No debes molestar á Bathory, colocado por « mí en el trono de los polacos, » escribió el gran visir en nombre de Amurat al emperador; « yo « quiero que trates á los polacos, como á mis súbditos. La Polonia está bajo mi proteccion; he mandado á los magnates de este país que elijan por rey « á Bathory. Los tártaros hicieron en otro tiempo « prisionero á un rey de Polonia; por esta razon pagan todavía los polacos el tributo al khan de los « tartáros. » Conformándose con esta tradición y esta investidura, el embajador de Polonia, Siensky, firmó un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre la Turquía y la Polonia, tratado que contenia en uno de sus artículos el tributo de los polacos á los tártaros:

La república de Venecia, ayudada por el influjo de la sultana veneciana Safiyé, obtuvo de Amurat y del gran visir una interpretacion muy favorable de los tratados y ventajas notables en la cuestion de límites con la Puerta.

Florenzia concluyó igualmente con Sokolli un tratado de libre navegacion y de comercio recíprocos.

Los embajadores de Felipe II de España solicitaron un tratado de paz y amistad con los turcos; pero reducido á una tregua de tres años, fué firmada esta por Sokolli con desden y repugnancia.

La Inglaterra, agena por su situacion á todo trato diplomático con los otomanos, entabló por medio de sus negociantes relaciones comerciales, que se convirtieron pronto en política, y dieron ocasion al canje de algunas cartas entre la reina Isabel y el sultan.

Tambien la Suiza pagó por la vez primera un agente judío para que defendiera los intereses de su comercio en Constantinopla.

Sokolli queria naturalizar las ciencias y las artes en su patria, de consuno con la paz y el comercio. El sabio Seadeddin-Lala, preceptor de Amurat III, secundaba al gran visir para que llevase á cabo sus felices innovaciones. Mandaron construir un observatorio en frente de los jardines del serrallo en To-

phana, é hicieron venir de Egipto al ilustre astrónomo Takieddin para perfeccionar y vulgarizar el conocimiento de los fenómenos celestes entre los turcos; pero la antipatía del clero contra las ciencias que explicaban la naturaleza de distinto modo que por oráculos y prodigios, forzaron al gran visir, al preceptor y al astrónomo á derribar su observatorio como un atentado contra los misterios del cielo. Takieddin tuvo en Constantinopla la misma suerte que Galileo en Roma. El mismo siglo presenciaba en dos religiones opuestas la lucha siempre desigual entre la ciencia y la superstición.

Los enemigos de Sokolli en el divan y en el haren fomentaron estas acusaciones populares de impiedad contra el grande innovador. Comenzaron por atacar á sus hechuras ántes de dirigirle directamente sus tiros. Feridun, secretario de Estado, su colaborador durante tres reinados, fué desterrado á Belgrado. Tambien perdió el favor Cicala, aga de los genizaros. La muerte privó al mismo tiempo á Sokolli de dos de sus principales apoyos en el Estado, de Pialé-bajá y del muftí Hamid; en fin, un negro, Arab-bajá á quien habia casado con una favorita de su haren y que gobernaba bajo su dirección el reino de Chipre, fué asesinado por sus propias tropas. Presentaron á Sokolli los vestidos del negro hechos girones á sablazos,

y lloró de compasión pensando en la agonía que habia debido sufrir su favorito.

El duque de Naxos y de las Cyclades José Nassy, enriquecido mas de lo que podia soñar un ambicioso por la amistad de Selim II, murió en esta época en Constantinopla. Sokolli, á quien habia tenido envidia este aventurero, mandó que volviese su fortuna al tesoro público. Pero los tres defferdars ó tesoreros nombrados por Sokolli para secuestrar la sucesion, fueron acusados de dilapidadores de la herencia, por los enemigos del gran visir y puestos en el tormento para hacerles declarar su supuesto despojo. Otro de sus clientes, Miguel Cantacuzeno, griego perteneciente á la familia imperial de Bizancio y rival de otro griego llamado Paleólogo, resto tambien de las dinastías de los bizantinos, fué colgado por malversador presunto delante de la puerta de Sokolli, como quien pretende hacer recaer sobre el protector el crimen y el infame suplicio del protegido. En fin, el sobrino predilecto de Sokolli, Mustafá-bajá, gobernador de Ofen y de la Hungría turca, fué degollado en Ofen por Ferhad-bajá, caballero mayor del sultan, en medio de su escolta de cincuenta ginetes, que no se atrevieron á desenvainar sus sables para defenderlo.

Estos presagios entristecian á Sokolli, sin distra-

erlo de sus proyectos de gobierno; aguardaba morir, pero queria que la muerte lo sorprendiera con el timon del Estado en la mano. Uno de los últimos dias del mes de octubre de 1578, se hacia leer por su bibliotecario, Hassan-aga la historia de los primeros reinados de la monarquía. Habiéndole leído la relacion de la batalla de Cossova contra los servios, y la muerte trágica y repentina de Amurat I, asesinado en el campo de batalla despues de la victoria por el patriota servio Milosch Kabilowitch, Sokolli impuso silencio con un gesto al lector en este pasaje, recitó piadosamente la primera sura del Coran por el alma del sultan asesinado, y exclamó con un presentimiento semejante á una revelacion interior: « ¡ Que el Todopoderoso me conceda igual muerte! »

Al dia siguiente, despues de haber dado su audiencia acostumbrada en el palacio de la Puerta, y empleado lo restante del dia en los negocios de Estado, Sokolli, de vuelta en su casa, abrió como siempre su divan á todos los otomanos sin distincion que tenian que pedir gracia ó justicia al gran visir. En el momento en que tendia la mano á un desconocido vestido de dervis que le presentaba un memorial, sacó este un puñal que traia oculto y lo clavó hasta el puño en el pecho del gran visir. Sokolli, echando instinti-

vamente la mano á su yatagan para defenderse, no tuvo fuerzas para agarrarlo y cayó muerto de la manera que habia deseado, como Cesar, sin proferir una palabra. El falso dervis era un dálmata compatriota de Sokolli, raza feroz que da vida por vida sin temor ni compasion. Alegó por excusa de su crimen la venganza de una injusticia cometida por el gran visir, sentenciando contra él en una causa de propiedad feudal relativa á un feudo que poseia en Bosnia. La opinion atribuyó este crimen, pero sin prueba para ello, al cruel Mustafá bajá, el azote de Chipre. Amurat III se alegró quizá del crimen, pero sin tener parte en él. El asesino no reveló mas que su odio. Al dia siguiente fué hecho pedazos por cuatro caballos que se llevaron sus miembros, atados á un palo, en distintas direcciones.

Así desapareció el hombre que habia sido durante tres reinados la luz, la política y la fuerza del imperio. La historia lo alaba mejor que las vanas palabras. Él habia elevado el imperio á su apogeo; el dia de su muerte es el primero de su decadencia.

Mohammed-Sokolli no habia tenido hijos de la sultana Esma, hermana de Selim. La primera esposa que habia tenido le habia dejado dos hijos que no heredaron su inmensa fortuna. Obligado á repudiar esta mujer, á quien amaba, para recibir en su

casa á una princesa imperial que le ofrecía su señor, habia deplorado toda su vida que su mérito y su gloria le hubiesen valido la afición de Esmá-Sultana, cuya fealdad y deformidades le presagiaban la falta de herederos. Sus desmedidas riquezas, calculadas, no en razón de sus servicios, sino de su modesto origen, volvieron con su muerte al tesoro del sultán.

Dejaba el imperio en paz con toda la tierra, excepto con la Persia.

Retrocedamos algunos años en el curso incesante de la anarquía persa, para comprender los motivos, las ocasiones y las peripecias de esta guerra. La historia de Persia corre tan paralela con la historia de Turquía que no se puede hablar de los sucesos de la una sin tomar en cuenta los ocurridos en la otra.

#### IV

Las tres guerras de Selim y de Solimán el grande contra la Persia habian popularizado la dinastía de los Sofis, cuyo origen religioso hemos referido. En Asia como en Europa, los pueblos cesan de pelear por la causa de las rivalidades dinásticas, al paso que

combaten por la religion ó la nacionalidad. El schah (ó el rey) Tahmaps habia debido una larga dominación á los esfuerzos de Solimán II para destronarlo. No era un hombre notable, pero habia tenido la fortuna de ser el campeón de la Persia amenazada.

A su muerte designó entre sus hijos por sucesor suyo á Hyder Mirza. Hyder, favorito de su padre, habia permanecido á su lado en Ispahan para que estuviese dispuesto á ocupar el trono, al paso que sus hermanos, segun la costumbre oriental, se hallaban desterrados de la corte, en provincias lejanas.

La política recelosa é imprudente á la vez de los schahs, ponía á estos príncipes bajo la vigilancia y la tutela de los gefes de las tribus, que constituían la nación persa. Estos caudillos se convertían frecuentemente á la muerte de los schahs en defensores de los hijos que se disputaban el trono de su padre.

El jóven Hyder, dueño del palacio, de la guardia, de los ministros y de los tesoros de Tahmasp, no tuvo dificultad en hacerse proclamar rey en la capital. Pero el odio de una mujer le costó pocos dias despues el trono y la vida. Esta mujer de raza circasiana, cuya hermosura, valor y ambición ejercieron un ascendiente casi absoluto en el gobierno de la Persia, era la célebre Perid-Jankhan, hija del schah que acababa de morir. Era sobrina de Schemkhal, jefe